



CARLA MARX  
**CUÉNTAMELO TODO**

*Un relato de intimación carnal*

Vol. 1

Cuéntamelo todo

*Un relato de iniciación carnal, Vol. 1*

Carla Marx

*Carla tiene 21 años, es inteligente, sexy, y acaba de contraer nupcias con el hombre de sus sueños. Sin embargo, una propuesta indecente de su nuevo marido, formulada aparentemente en broma, destroza su romántico sueño de una luna de miel idílica y la embarca en un viaje iniciático de descubrimiento de su verdadera sexualidad... Y de sus talentos narrativos.*

Fotografía de la portada: Erick Luccatero, CC.

# Capítulo I

El asunto salió a relucir el primer día de nuestra luna de miel. Con esto quiero aclarar que no éramos la típica pareja de los cuentos picantes de infidelidad consentida. No éramos ese par de ancianos de 45 años, aburridos el uno de la otra y viceversa, cuya monótona sexualidad pide a gritos urgentes medidas de reanimación.

No. Nosotros éramos una pareja joven de recién casados, cargada de sueños y fantasías, y con toda una vida por delante para hacerlos realidad. Gozábamos de una ajetreada, plena y creativa sexualidad. Lo hacíamos a todas horas y en todos lados desde que nos conocimos. No podía quejarme en ese sentido.

Raúl, mi marido, no respondía al estereotipo del macho castrado, humillado por su “esposa caliente”, la dominatrix, como acaso pudiera esperarse en este tipo de historias. Si a algún cliché respondía Raúl era precisamente al contrario. Al del 'Macho Alfa', de casi dos metros y más de 100 kilos de puro músculo. Era guapo, divertido, trabajador, sobreprotector y estaba muy bien dotado. Me trataba como a una princesa. No podía pedirle más a la vida. Había triunfado en el amor.

O eso pensaba yo.

Porque el elefante estaba allí, agazapado pero presto para saltar y arrasar la cristalería del salón. El que hubiera surgido tan temprano en nuestro matrimonio, cuando apenas nos habíamos jurado amor y fidelidad eterna ante el altar, fue la prueba de que siempre estuvo allí, latente, y que ambos simplemente fingimos no verlo.

No es que yo creyera que el matrimonio fuese una especie de prisión de la que no se podía escapar. A pesar de lo joven e ilusa que era, estaba clara en que si la cosa no funcionaba, tenía a mano la opción de mandarlo todo a la mierda. Pero la verdad es que no quería. A sus 21 años, toda chica de buena familia y educación católica, anhela casarse de blanco, por la iglesia, con el

hombre de sus sueños. Y yo quería vivir toda esa experiencia a tope, por muy convencional que fuera.

Por eso la propuesta de Raúl me desconcertó tanto.

—¿Un trío? —pregunté, sin dar crédito a lo que acababa de oír, mis mejillas ardiendo de rubor y algo escandalizada—. ¿En serio?

—Bueno, no en el estricto sentido... —Raúl no se animó a terminar la frase al notar mi turbación. En cambio, sonrió, tranquilizador, y añadió—: ¿no habrás creído que estaba hablando en serio? ¿Verdad?

De repente estaba furiosa. Era como si hubiésemos comenzado nuestra vida de pareja con el pie equivocado. Sentía que me había destruido por completo mi idílica idea de una luna de miel romántica, a bordo de un crucero por las islas del Caribe.

Él llevaba un buen rato hablándome de sus planes futuros y yo me había aburrido. Paulatinamente había dejado de escucharlo y me había sumergido en una ensoñación muy húmeda. Soy muy dada a soñar despierta. Eso me ha metido en no pocos problemas.

La verdad era que el tipo se las traía.

Nos había atendido por un buen rato, trayéndonos un trago tras otro, siempre con una sonrisa de este tamaño en su rostro. Enseguida me di cuenta de que le gustaba. Y de que me gustaba un poco, debo admitirlo. Lo que no dejaba de hacerme sentir muy culpable. Al fin y al cabo, no hacía ni 48 horas que había recitado ante el altar todo ese rollo de en las buenas y en la malas. Era pronto para andar pensando en otros hombres. Menos aún, con el hombre de mi vida sentado a mi lado, hurgando en mi vagina.

Todo ese tiempo me la había pasado lanzándole furtivas miradas al redondo trasero de aquel camarero, a su arete de pirata en su oreja izquierda, a su cintura de surfista y los tatuajes descoloridos de sus brazos. Tenía la piel curtida, los ojos verdes y el cabello desteñido por el salitre y el sol. El uniforme se le adhería a la piel insinuando un cuerpo fibroso como el de un delfín.

No sé en qué momento dejé de escuchar las risas y los chapoteos de los niños en las piscinas, la música atronadora de la barra, el susurro del viento y el mar. Nunca supe cuándo la voz de Raúl se diluyó suavemente, dejándome a solas y en silencio con mi propia fantasía.

Imaginé a aquel camarero desnudo, con su piel bronceada; pero pálida en los lugares donde no le daba el sol. Como esos modelos de las portadas de

Playgirl de los años 70's que guardaba a escondidas mi mamá y con las que tanto me masturbé.

Me vi a misma sin ropa y ávida, postrada ante aquel ángel marino para recibir en mi boca su mástil palpitante, mientras le acariciaba sus blancas nalgas duras pero suaves al tacto. Casi pude sentir sus manos callosas de marinero explorando mis delicados y húmedos entresijos. Me vi de piernas abiertas, bañada en sudor, celebrando cada una de sus embestidas con un ruidoso jadeo. Casi llegué a oler su sudor de mar y sol mezclado con el olor de mariscos y almendras amargas de mi sexo, en el calor sofocante de un camarote sin aire acondicionado ni ventilación.

Por un buen rato no supe de mí ni de lo que me rodeaba. De modo que casi salté cuando Raúl me tomó de la mano y, devolviendome a la realidad, me dijo:

—Si quieres, puedo proponerle un trío, Carla.

Me molestó que me sacara tan bruscamente del suelo, como cuando te despiertan con un baldazo de agua helada. No me había percatado de que todo ese tiempo, su mano había estado hurgando en mi entrepierna. ¿Se había dado cuenta de mi humedad?

En un principio, me costó entender lo que decía. Estaba turbada y confusa. Mis mejillas, arrojadas de la vergüenza. Fue entonces cuando me percaté de su mano entre mis piernas. Seguramente se había dado cuenta de la humedad, de la exagerada humedad, de mi tanga.

—¿Qué? —pregunté al tiempo en que me apresuraba a cerrar las piernas defensivamente para expulsar su mano. Estaba muerta de la vergüenza y la culpa. Recién casada y ya había sido descubierta fantaseando con otro.

—Bueno, no en el estricto sentido... —añadió, llevándose con disimulo a la nariz, la mano que un segundo antes exploraba mi entrepierna, para olisquear sus dedos.

No sabía qué hacer, cómo reaccionar. Me dieron unas absurdas ganas de llorar y de darle un puñetazo en la nariz. Desde luego, no lo hice. En cambio, sonreí, como si hubiese captado la broma.

Él no parecía molesto. Si lo estaba, lo disimulaba muy bien. Su sonrisa era sincera. Sus ojos, risueños. ¿Notaba yo algún signo de excitación en su respiración acaso? Deslicé mi mano por debajo de la mesa para palpar su entrepierna y sentí la tumefacción y dureza de su enorme miembro. ¿Estaba excitado porque me estaba tocando? ¿O porque sabía que yo lo estaba por el

camarero del arete de pirata? ¿Le había excitado verme excitada por otro hombre? ¿O acaso a él le había gustado también aquel camarero?

Como quiera que fuera, no fue una total sorpresa para mí. Una parte de mí lo estaba esperando. Inconscientemente, intuía que tarde o temprano, lo descubriría. Intuía que él tomaría la iniciativa de decírmelo. Había cosas suyas que no iban por completo con su físico. A pesar de su tamaño, de sus gruesos y musculosos brazos, de su ancha espalda y demás atributos de macho dominante, Raúl de vez en cuando revelaba algún rasgo femenino. Muy femenino.

Por ejemplo, fue él quien me enseñó a vestirme. Tenía un excelente gusto para escoger mi vestuario. Disfrutaba comprarme ropa. Mi guardarropa no sólo había crecido en cantidad, sino también en calidad. Nunca en mi vida me había vestido tan bien. Me ayudaba además con el maquillaje y mi corte de cabello. Me acompañaba a la peluquería para darle instrucciones al estilista. Era mi Pigmalión personal.

—¿Me estás jodiendo? ¿Verdad? —repliqué, al tiempo que retiraba mi mano de su entrepierna—, ¿en plena luna de miel?

En ese momento no lo advertí, pero con mi comentario le daba a entender que el motivo de mi molestia no era la propuesta en sí, sino el momento, las circunstancias en las que la había formulado.

—¡Claro que es broma! —celebró el episodio con una carcajada—. Aunque si quisieras... Porque la verdad es que no te disgusta...

Como percibí cierto reproche, y aun resentimiento en su tono de voz, entrelacé mis manos en una de sus manazas y le miré a los ojos. —Yo no tengo ojos para nadie más que para mi marido. Mi nuevo y flamante marido.

## Capítulo II

Pero esa misma noche, salí sola a cubierta con la vaga esperanza de encontrarme con aquel camarero. Era oficial: cuando aún no cumplía las primeras 48 horas de casada, ya podía considerarme una mujer infiel. O a punto de serlo. Al menos, en mi subconsciente, ya lo era.

¿Por qué había tenido que proponerme un trío con aquel mesero? ¿A qué clase de hombre se le ocurría hacer semejante propuesta en plena luna de miel? Si algo pasaba, él sería el único culpable por sembrarme la idea en la cabeza.

No se me había pasado la molestia. Estaba aún más furiosa.

Sucedió que durante la cena, Raúl se excedió con la bebida y comenzó a hacer el ridículo. Empezó a hablar demasiado alto. Hacía chistes verdes que sólo le hacían gracia a él y los celebraba con carcajadas estentóreas. Me insistía una y otra vez en que a mí me gustaba el camarero. También lloró porque supuestamente yo no lo quería. Se lamentaba de que lo había echado todo a perder y me pedía perdón.

Me puse histérica.

Los ojos del resto de comensales estaban puestos en nuestra mesa. Quería que me tragara la tierra. Sentía deseos de clavarle un tenedor en el muslo, para que se comportara. Me daban ganas de de gritarle “¡sí, la estás cagando! ¡Compórtate!”

Pero no tuve más remedio que mantener la calma y tragarme el show con una sonrisa, como si de verdad me hiciera gracia el lamentable espectáculo que estaba dando. Tenía tanta vergüenza que esperé a que el comedor estuviese vacío para arrastrarlo al camarote. Avanzamos tambaleándonos por los estrechos pasillos. Él, por su borrachera; yo, porque apenas podía con su peso. Cuando por fin llegamos, estaba bañada en sudor y jadeaba. Lo odiaba. Pero más lo odiaría con lo que hizo a continuación.

No bien entramos, comenzó a besarme y a manosearme. Balbuceaba algo

sobre nuestra noche de bodas, pero no se le entendía nada. Yo comencé a excitarme. Mi furia empezaba a ceder y dar paso al deseo. Pero entonces, él se derrumbó en la cama y comenzó a roncar.

Nuestra primera noche de luna miel y aquel idiota roncaba más fuerte que la sala de máquinas de la nave. Le mire un buen rato, rabiando, indecisa sobre qué hacer. Decidí darme una ducha rápida y cambiarme de ropa. Me puse algo más cómodo. Algo, quizás, más fácil de quitar. Y salí a cubierta.

¿Saben cuando una hace las cosas con una intención que no llega a ser consciente? ¿O que quizás no llega a ser intencional de todo? ¿Que es y no es al mismo tiempo? No sé muy bien cómo explicarlo, pero seguramente me entienden.

Bueno, así salí yo a cubierta. Con algo en mente, pero que no llegaba a salir a flote por completo. Como si me forzara a mí misma a reprimirlo, a obligarlo a permanecer en el subconsciente para no hacerme responsable. Me di una vuelta por la disco, pero no me apetecía bailar. Y eso que pocas cosas en esta vida me gustan tanto como bailar. En el bar de la piscina principal pedí una piña colada. Fui hasta una tumbona y me tendí a mirar las estrellas y a respirar el aire fresco de la noche.

Terminada la piña colada, cambié a frozen margarita. Como suele suceder con ese cóctel del infierno, comencé a beber una margarita tras otra, sin darme cuenta de lo ebria que me estaba poniendo. No sé si fue el alcohol o qué, pero empecé a sentir una repentina nostalgia por la casa de mis padres, por mi familia. ¿Había sido un despropósito casarme tan joven? ¿Cómo me había dejado convencer? ¿Cómo había permitido que las cosas llegaran a tales extremos? ¿Acaso Raúl era gay? Con él creí apostado a seguro. Y ahora me estaba dando cuenta de que quizás había perdido.

Le di rienda suelta al llanto que tenía atorado en mi garganta. Había sido una estúpida al echar por la borda mi juventud de tan mala manera. Todo por mi maldita manía de preferir mi comodidad ante todo, por mi miedo al cambio y al riesgo.

Estaba tan concentrada en compadecerme que no lo vi llegar.

—¿Puedo ofrecerte algo más fuerte? Digo, un trago...

Levanté la vista y allí estaba, sonriendo a mi lado. Mi camarero, mi surfista, mi pirata. Enseguida me incorporé, lo abracé y lloré con más fuerza. Él me daba palmaditas en las espaldas, me acariciaba el pelo y me susurraba al oído palabritas cariñosas para que me calmara. Al cabo de un rato, tomó mi

rostro entre sus manos (rugosas, ásperas, tal y como me las había imaginado) y me miró con sus ojos color de aceituna.

—Tranquila, que todo lo malo, al final, siempre pasa. No se iba a ganar el Nóbel de Filosofía por la profundidad de aquel razonamiento. Pero yo tampoco quería que me ayudara a redactar una tesis doctoral.

No obstante, educada que soy, asentí muy seria, como una niñita triste que acaba de raspase una rodilla por desobediente. Él me tomó de la mano y me llevó hasta las barandas. La luz de la luna dibujaba en el Caribe un tembloroso camino de plata que se perdía en el horizonte. De vez en cuando, saltaban aquí y allá, grupos de jubilosos delfines. Todo era tan romántico y cursi como sólo una se puede imaginar a los 21 años.

Pero heme ahí, con un hombre que no era mi marido. Un perfecto desconocido, para colmo. Guapo, sí. Sexy, también. Hermoso. Pero desconocido. Un bello desconocido al que no amaba, pero con el que estaba a punto de revolcarme.

Me sentí muy culpable de no estar viviendo ese maravilloso momento con mi Raúl, con el hombre que amaba, con quien acababa de unirme en el sagrado vínculo del matrimonio y al que le había jurado fidelidad eterna.

Me besó. El camarero me besó. Mi corazón dio un vuelco y se encabritó. Pensé que me infartaba. Nuestras lenguas comenzaron a perseguirse en los confines de nuestras bocas, saltando como delfines en nuestro mar interior. Él bajó sus manos por mi espalda, recorrió mis caderas estrechas y apretó mis glúteos. En sus manotas debían sentirse redondos, esponjosos, suaves y pequeños como dos melones verdes.

Empujó mis caderas contra las suyas y sentí su miembro erguido, latiendo como un recio animal furioso, pugnando por liberarse de sus amarras. Por un instante, me olvidé de todo a mi alrededor. No pensaba en la gente que pasaba y que seguramente nos veía, en los pasajeros que más temprano me habían visto con Raúl. Tampoco era que me importara mucho. ¡Que me vieran! Todo lo que estaba pasando era culpa suya y de nadie más. Él me había metido esta idea, esta estúpida idea, en la cabeza.

El camarero se detuvo y me tomó de la mano.

—Vente...

Me condujo a lo largo de la borda, en dirección a la proa. En mi borrachera pensé ridículamente que quería hacer una imitación de la famosa escena de Titanic, pero no. Cuando habíamos recorrido unos veinte metros,

franqueamos una puerta cuyo cartel advertía:

## SÓLO PERSONAL AUTORIZADO

Bajamos unas escalerillas de metal y desembocamos en una especie de pasillo, con olor a humedad.

Tenía un aspecto cavernario, desprovisto de la idea turística de hotel de lujo que decoraba el resto de la embarcación. La luz era deficiente y las paredes, desnudas, se sentían frías. Las cañerías corrían a lo largo del techo y el ruido de los motores de la enorme nave ahogaba cualquier otro sonido. Yo podría chillar de lo lindo sin temor a ser escuchada.

Esta vez tomé la iniciativa. Me hincé de rodillas, desabroché su bragueta y extraje su animal enhiesto. Sin perder tiempo, empecé a sorberlo con fruición. Sentí su agradable latido en mi lengua. Me aferré a sus piernas y comprobé que temblaban, tanto era el placer que mi boca le estaba provocando.

Seguí, trabajando con mi lengua y manos como me había enseñado Raúl. Pero en ese momento no pensaba en él. No pensaba en nada. Sólo había placer. Atrás habían quedado todas mis preocupaciones acerca de mi condición conyugal, mi nostalgia por la casa de mis padres, mi furia contra Raúl... ¿Quería tomar riesgos en mi vida? Pues qué mayor riesgo que el que estaba tomando en ese preciso instante. Por unos minutos de placer con un desconocido lo estaba apostando todo, absolutamente todo.

Él no aguantó tanto. Delicadamente me apartó la cabeza para reprimir su clímax. Yo hice un mohín.

—Casi me haces correr...

—Lo hubieras hecho... En mi boca —le provoqué.

—Tenemos toda la noche.

Me obligó a ponerme de pie e introdujo sus manos bajo mi camiseta hasta alcanzar mis senos. Al tacto de sus dedos, mis pezones se volvieron duros y rugosos como bellotas de mar. Terminó de sacarme la camiseta y comenzó a chupar, lamer y a mordisquear mis limones. Mis senos son tan pequeños y redondos que así los llama Raúl. Pero son lindos, con areolas rosaditas, bien definidas, y pezones gorditos. ¿Se me nota lo orgullosa que estoy de mis pechitos, de mi culito apretado y mis caderas estrechas?

Cuando se cansó de lamer y mordisquear (lo de cansarse es sólo un decir,

dudo mucho que exista algún hombre se canse de lamerlos) me dio la vuelta. Apoyé mis manos en uno de los escalones, húmedos, fríos y mohosos, de la escalerilla. Le ofrecí mi trasero respingado. Él levantó mi falda, bajó mis bragas y hundió su rostro en mi abertura. Ávido, la recorrió con su lengua, ancha y trémula, de arriba a abajo, de principio a fin, de atrás hacia adelante y viceversa. Se demoró tanto, que cuando por fin se detuvo un siglo después, la cara interior de mis muslos brillaba, embadurnada con mis jugos y su saliva, que chorreaban hasta más allá de mis rodillas.

Le miré por encima del hombro, como le vi hacer a incontables actrices porno en miles de películas. Sé que eso los excita. Vi que sus manos temblorosas rasgaban el envoltorio de un preservativo. Me pidió que me arrodillara ante él. Le obedecí, sumisa. Puso el condón en mi boca y atrajo mi cabeza hacia su pene. Con mis labios y mi lengua, fui desenrollando el preservativo en su miembro. Era la primera vez que lo hacía. Poner un preservativo de esa manera, quiero decir. Esa noche descubrí un nuevo talento, innato, en mí.

“Todos los días se aprende algo nuevo”, me vino a la mente el dicho de Raúl. Si tan sólo supiera la connotación que acababa de tomar su refrán favorito.

Me dio la vuelta otra vez. Volví a apoyar mis manos en el escalón. Le presenté otra vez mi trasero. Tomé aire, preparándome para recibirlo. Y él me penetró gentilmente. Al principio, suave y lento. Pero poco a poco fue imprimiéndole energía al movimiento de sus caderas. Comenzó a embestirme. Con fuerza. Era una sensación extraña. Se suponía que eso no era lo que debía suceder en una luna de miel. En mi luna de miel.

Me aferró por el cabello. Perdí conciencia del tiempo, del espacio, de mi propio cuerpo y del suyo. Me abandoné al rumor de las máquinas de la nave, a las risas casi inaudibles de los pasajeros que paseaban por la cubierta, a la música lejana, al vaivén del mar y de las embestidas del desconocido que tenía dentro de mí. Sentía sus manos recorriéndome, explorándome. Tuve uno, dos, tres orgasmos seguidos. Demasiados para llevar la cuenta. No sé. Hasta que sentí que su miembro explotaba dentro de mí y me inundaba con un manantial hirviente, contenido a duras penas por la fina piel del preservativo.

Apenas descansamos entre un polvo y otro. Él se sacó el condón, rasgó otro envoltorio y me puso uno nuevo en la boca. Y repetimos la operación. Y

luego, otra vez. Y otra. Hasta agotar su provisión.

## Capítulo III

Cuando emergí de nuevo a cubierta, había amanecido. La enceguecedora luz del sol matutino caía sobre mí como un todopoderoso dedo acusador. Se me había pasado la borrachera. El dolor palpitaba en mis sienes. Tenía la garganta reseca y sudaba tequila a chorros. Olía a sexo y a condón y a resaca.

Mis ropas estaban revueltas y sucias. El conjunto de verano tan bonito, que con tanto amor había escogido y me había regalado mi esposito, estaba hecho un asco. ¿Me había puesto de nuevo las bragas o las había dejado olvidadas en aquel infecto corredor? No recordaba haberlas visto de nuevo. Quizás el muy perverso se las había quedado.

Caminé todo el trayecto hasta la habitación tratando de parecer lo más digna posible, intentando disimular que había tirado por la borda mi incipiente matrimonio. Pero me sentía zorra y malvada. ¿Qué coño había hecho? ¿Por qué? Todo ahora me parecía tan absurdo e innecesario. Sobre todo por el contraste que hacía con la normalidad que me rodeaba. Familias desayunando, niños chapoteando en la piscina, meseros que iban y venían con bebidas y bandejas, entre las mesas. La vida común y corriente en su agónico y aburrido esplendor.

¿Cuántas de esas madres decorosas y diligentes, sentadas ahora con sus fieles maridos y sus primorosos hijos habían vivido una aventura similar a la mía, en algún deprimente y lúgubre corredor, o pestilente y oscuro callejón, con su delicada y costosa ropa interior de encaje enrollada en los tobillos, entregadas a algún obrero, taxista o albañil, con el que nunca se hubiesen casado?

Me sentía tan culposa, miserable, pegajosa y sucia que de haber podido, me habría sacado la falda y me hubiera echado en cueros a la piscina. Todo, con tal de no enfrentar mi destino.

Pero no tenía escapatoria. En otro lado, habría tomado un taxi o un avión

o ambos y me habría ido a casa. O bien lejos. Pero, ¿qué podía hacer en aquel maldito barco? ¿Saltar por la borda?

Sentía que nunca llegaría a nuestro camarote. Que me desmayaría en el camino. El tintineo de los cubiertos contra la losa de los platos me taladraba el cráneo como una tortura china.

Cuando finalmente arribé, después de una caminata de la vergüenza que pareció durar toda una vida, me armé de valor y abrí la puerta. Apesadumbrada, dispuesta a lo peor, pero a la defensiva. Me dije a mí misma que, pasara lo que pasara, lo negaría todo, Su Señoría.

—Hola...

—¿Dónde coño estabas metida? Raúl estaba vestido con su mono de ejercicios. Estaba empapado de sudor. Ya había ido al gimnasio y había hecho una buena hora de cardio y algo de máquinas. Era posible que hasta hubiese desayunado y todo. ¿Qué horas serían? ¿Cuánto tiempo estuve metida en aquel corredor infernal?

—No es tu problema.

—¿Cómo que no? —rugió tomándome del brazo y sacudiéndome—. ¿Acaso se te olvida que ahora somos marido y mujer? Me debes una explicación.

—¡No seas ridículo! —me retorcí como una fiera para sacármelo de encima— ¡No te debo nada! —Me sacudí como posesa.

—¿Dónde estabas? —su tono se había vuelto ominoso, amenazante. Yo había empezado a asustarme—, estuve a punto de reportarte como desaparecida. Hasta pensé que te podías haber ahogado.

—Ganas de saltar por la borda no me faltaron después del espectáculo de anoche.

—¿Estabas con alguien? ¿Con quién estabas?

Le miré a los ojos, desafiante.

—¿Con quién crees?

Cerré los ojos instintivamente, a la espera de, al menos, una buena bofetada. Pero nunca llegó. En cambio, ocurrió algo completamente inesperado para mí.

—¿Con el camarero? Abrí los ojos. Había cambiado por completo su actitud.

—Es culpa tuya... —Le miré con mis ojos anegados de lágrimas. La furia me había durado poco y ahora me sentía como un mismísimo culo. ¿Qué

clase de perra podía hacerle algo a un hombre tan bello y bueno como Raúl?  
—. Todo es tu culpa...

Pero entonces noté que su respiración se había hecho pesada y su entrepierna comenzaba a abultarse.

—Cuéntamelo todo... —dijo, en voz baja, casi jadeante.

—¿Qué...?

—Que me lo cuentes todo... Hasta el mínimo detalle.

—Voy a darme una ducha.

—No... —me tomó del brazo y me sentó en la cama de un envión—. ¿Lo hicieron? ¿Te lo tiraste? ¿Verdad?

Asentí, sintiéndome aún peor.

—Perdón... Yo no quise... Es que tú... Anoche... Se sentó a mi lado. —Yo, Raúl... —intenté continuar—, de verdad... Yo no quise...

—¿Cómo fue? Cuéntamelo todo...

Tomó una de mis manos y se la puso en la entrepierna. Tenía una excitación de proporciones equinas.

No me esperaba ese giro imprevisto de los acontecimientos. De verdad que no.

—Mira cómo me has puesto... Cuéntame...

Desconcertada, comencé a contar todo lo que ya ustedes saben. Él permaneció impasible un rato a mi lado. Luego se aproximó y olfateó mi cuello. Bajó a mis senos. Finalmente, se detuvo en mi entrepierna y me olfateó como el macho a la hembra en celo. Era como si persiguiese el rastro del pecado, cual sabueso. Parecía reconstruir a punta de olores el relato que le iba contando. Luego, me lamía cada parte que olfateaba. Yo procuraba no soltar su enorme erección. Era como mi seguro de vida. Mientras la tuviera en mis manos, tendría el control. O buena parte. Se la masajeaba lentamente, con suavidad. Como si en vez de su mortífera máquina de estragos, fuera un delicado material de orfebrería.

Mi resaca y mi culpa no habían desaparecido ni un ápice. Sentí una apremiante necesidad de hundirme aquel monstruo enorme hasta la garganta, como una suerte de castigo. Me incliné, pero él me detuvo.

—No... Sigue contando. ¿Qué pasó cuando llegaron al corredor?

—No sé muy bien, pero creo que fui yo quien tomó la iniciativa. Me arrodillé, le abrí la bragueta, se lo saqué y me lo metí en la boca —proseguí, mientras su lengua seguía su recorrido por mi cuerpo—. Así... —puse su

pene en mi boca.

—No, no... Sigue... Sigue contándome.

No hubo pliegue, montículo, depresión o brecha que no fuera debidamente olfateada y lamida con deleite.

—Me puso el condón en la boca. Después tomó mi cabeza y me penetró. Yo fui desenrollando, lentamente, el preservativo con la lengua.

—Continúa, no te detengas...

Yo tampoco quería que acabara tan pronto aquella delicia, así que en mi relato hacía pausas, me demoraba en la descripción de detalles. Sobre todo en olores y sabores. Trataba de crear y fijar imágenes en su mente.

— ...Estaba apoyada en los escalones. Tenía el culo levantado. Así que lo miré por encima del hombro y le dije que lo hiciera, que ya no me importaba nada.

Él descendió otra vez hasta mi vagina y allí se demoró una deliciosa eternidad, explorando con su lengua cada vestigio de mi vulva húmeda y trémula.

—¿Te hizo esto? —Sí... Luego me dio vuelta en la cama. Me levantó por las caderas y puso una almohada debajo. Abrió mis piernas. Y me penetró.

—¿Así te lo hizo?

—Sí, así...

A partir de allí, se desató una sucesión de embestidas y sacudones de intenciones confusas. ¿Quería provocarme placer o castigarme por mi falta? ¿Estaba furioso o excitado? ¿Se trataba de una retaliación por mi mala conducta? Puede que fueran todas esas cosas al mismo tiempo. Nunca me lo había hecho de aquella manera y no puedo decir que me disgustara. Yo traté de continuar mi relato, pero las arremetidas de Raúl y mis propios aullidos de placer me lo impidieron.

—Entonces... Él... Me... —¿Te dio así como te estoy dando yo? —¡No! ¡No!

—¡Dime la verdad!

La verdad era que Raúl nunca me había hecho el amor de aquella forma, tan animal, tan primitiva, tan sabrosa. Era como si quisiera borrar todo rastro de mi infidelidad. Yo claudiqué ante su deseo. Al fin y al cabo, yo era la infiel. Bien merecido que tenía aquel castigo. Tuve el primer orgasmo y me dejé deslizar hacia el segundo. Él siguió su enérgico vaivén desde arriba. Por un momento me dio la impresión de que podía seguir así todo el día. Me

aferré a las sábanas, mordí la almohada para ahogar mis gritos.

Y cuando mis gemidos anunciaron mi tercer orgasmo, eyaculó dentro de mí. Estuvo unos buenos 10, 12 segundos, latiendo, sacudiéndose dentro de mí, rellenándose. Sentí una oleada de tibio placer que bajaba de mi vientre hacia mis piernas. Raúl se quedó quieto encima de mí. Por un momento pensé que lloraba. Luego, se desmontó y se hundió en la cama, con la típica modorra de todos los hombres después de hacer el amor.

—Dame 5 minutos y bajamos a desayunar —me dijo antes de quedarse profundamente dormido.

Me levanté y fui al baño. Mis piernas temblaban incontrolablemente. Ahora sí que me sentía al borde de un colapso.

Abrí el grifo y me di una larga ducha con agua caliente. Salí desnuda. Me metí en la cama, bajo las sábanas y abracé a Raúl. Dormimos hasta después del mediodía.

En los días siguientes, nunca volvimos a hablar sobre lo sucedido, salvo en la cama, cuando Raúl me pedía que le contara otra vez la historia de mi infidelidad con el camarero antes de hacer el amor. Asumimos el asunto con naturalidad. Todas mis dudas sobre su orientación sexual se disiparon. Tampoco nos detuvimos a analizar por qué mi infidelidad había despertado instintos tan primarios en él. Ambos preferimos no racionalizarlos. Era mejor dejar que nuestro subconsciente obrara en sus formas misteriosas y obtusas.

De lo que sí estuvimos seguros desde un primer momento es que habíamos cruzado límites que ni siquiera sabíamos que existían. Que invadimos un territorio que nos estaba vedado. No teníamos otra opción que seguir adentrándonos en él. Habíamos perdido la posibilidad de dar vuelta atrás.

## Epílogo

El resto del viaje fue más o menos como yo lo había imaginado.

Raúl se esmeró en darme una luna de miel inolvidable. Me atendió como a una princesa. Bailamos salsa. Apostamos, ganamos y perdimos una fortuna en el casino. Tuvimos cenas románticas a la luz de la luna caribeña, enorme y amarillenta. Mi infidelidad con el apuesto camarero sin nombre (sólo ahora, cuando escribo esto, me doy cuenta de que nunca lo supe) se fue disolviendo poco a poco en el horizonte. Después de nuestro encuentro en el corredor, no lo volví a ver otra vez. Se convirtió en un fantasma.

Pero cuando nos íbamos a la cama y Raúl y yo nos desnudábamos y acariciábamos, el apuesto mesero se materializaba en nuestro camarote por obra y gracia del sexo. Raúl se transformaba otra vez en un sabueso y comenzaba a olfatearme, tratando de recuperar los olores de mi noche de adulterio en el pasillo prohibido. Mientras, yo volvía a contarle un cuento que ya conocía demasiado.

Cual Sherezade de una historia sola, no me quedaba más remedio que inventar nuevos detalles, amplificar otros, introducir ligeras y sutiles variantes de cómo habían sucedido las cosas para evitar su aburrimiento y mantener vivo el deseo.

Al cabo de diez noches y algunas mañanas, cuando desembarcamos, yo ya no podía discernir lo que había pasado realmente y lo que era producto de mi afiebrada imaginación, de mi recién descubierto talento narrativo.

Y para el caso, a Raúl tampoco parecía importarle mucho.

©Carla Marx, 2018

## PRÓXIMAS ENTREGAS

### *LA HISTORIA DE RAQUEL, Cuéntame lo Todo, Vol. 2*



“Pocas cosas sobreviven al efecto corrosivo de la convivencia. Y la pasión no es una de ellas”, reflexiona nuestra protagonista al comienzo de la segunda entrega de *Cuéntamelo Todo, un relato de iniciación carnal*.

A pesar del poco tiempo viviendo juntos, Carla y Raúl comienzan a sentir las secuelas de la vida en pareja y la rutina. Ciertamente no les ayuda el hecho de estar inmersos en un conservador círculo social.

Pero cuando el venerable anciano jefe de Raúl anuncia su retiro y su puesto es ocupado por Santiago, la suerte cambia para ambos. Pronto ambos, entablan una estrecha amistad con el nuevo jefe y con Raquel, su hermosa esposa.

La pareja, de costumbres liberales, se convierten en una nueva esperanza para que Carla y Raúl hagan realidad su más preciada fantasía.

No obstante, las cosas no salen como lo habían previsto...

## *LA HISTORIA DE RAQUEL, Fragmento*

Santiago y yo fuimos a la cocina a preparar los tragos y nos quedamos allí conversando. Otra vez me obsesioné con sus labios resecos y agrietados. Hizo una pausa en medio de una frase y me miró a los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunté, cohibida, pensando que había algo mal en mi rostro o en mi peinado.

—Nada —respondió.

—Anda, dime...

—Que... No estoy muy seguro...

—¿De qué?

—De saber si es real ese beso que veo en tu mirada...

Me pareció la cosa más bonita y poética que me habían dicho en mi vida. Volví a pasarle la lengua por los labios. Él me alzó y me sentó en el gabinete de cocina. Yo abrí mis piernas. Él se apuró a sacarme las bragas y penetrarme con dos de sus largos dedos de concertista. Olía bien. Muy bien. Una mezcla de sudor, vodka, perfume caro (¿Armani?) y un lejano dejo de menta.

Era obvio que yo no era ninguna amenaza para Raquel. De lo contrario, no se habría ido a dormir. ¿Pero cómo podía serlo? Sólo un tipo tan dolorosamente atractivo como Santiago podía darse un lujo como aquella mujer. Y, sin embargo, allí estaba conmigo en la cocina y no en la habitación

de arriba con su mujer.

Mientras nos besábamos, caí en cuenta de que esta era una situación completamente inédita en mi matrimonio. Raúl nos esperaba en la sala. Era lo más cercano que habíamos estado de realizar nuestra fantasía. Me había olvidado por completo de él. ¿Nos estaría espiando?

Aproveché que Santiago me besaba el cuello para mirar en dirección a la entrada. Sí, Raúl estaba parado allá fuera. Se esforzaba por ver lo que estaba pasando aquí dentro, pero el ángulo no le favorecía.

Ahora, Santiago había comenzado a lamerme los senos. Yo me bajé del gabinete de cocina y me arrodillé ante él, con la intención de abrirle la bragueta y meterme su pene en la boca. Me puse en un ángulo que permitiría a Raúl ver mejor la acción. Pero Santiago me detuvo.

—No, aquí no...

—Sí, aquí...

—No, vamos arriba...

—¿Arriba? ¿Y tu mujer?

No me respondió.

Me arrastró fuera de la cocina. Mi corazón latía tan furiosamente que me faltaba el aire. Al pasar por el corredor, vi a Raúl saliendo de la casa, con una confusa mezcla de placer y tristeza en el rostro. Santiago no me dejó despedirme de él. Me empujó escaleras arriba.

Me sentía aterrada, aturdida y excitada. Abrió la puerta de la habitación de un empujón y sin dejar de besarnos y manosearnos, avanzamos a trompicones por la habitación en penumbras.

“¿Qué coño estoy haciendo? ¿Qué coño está pasando? ¿Dónde está Raquel?”, pensé.

*LA NOCHE DEL CORNEADOR, Cuéntamelo  
todo, Vol. 3*



Cuando las cosas no salen como tenían previsto con Santiago y Raquel, Carla toma la iniciativa y le propone a su marido contratar los servicios de un profesional.

Es así como Frank entra en sus vidas.

“Había que admitir que Raúl tenía tan buen gusto para los hombres como para la ropa de mujer. Decía llamarse Frank. Era alto, moreno. Vestía jeans ajustados y una simple camiseta negra ceñida que sugería un cuerpo de músculos discretos pero bien definidos. Era atleta. Sus ojos eran de un perturbador amarillo, que resultaban aún más turbadores en una persona de su color de piel.

—Son de mi madre —nos respondió cuando le preguntamos”.

Pero los servicios del joven van mucho más allá del terreno carnal y de

repente Carla se ve envuelta en un juego cuyos límites se confunden con la realidad.

## *LA NOCHE DEL CORNEADOR, Fragmento*

Salimos un par de veces más con Frank. Primero, fuimos al cine a ver Belleza Americana.

No bien se apagaron las luces, Frank me tomó de la mano. Minutos más tarde, avanzó un poco más: posó su mano sobre mi rodilla.

Yo abrí mis piernas, para despejarle el camino. Con toda la intención del mundo me había puesto una falda, sin nada debajo.

Frank subió su mano hasta mi entrepierna. Empezó a tocarme. Con el mayor disimulo, como para que Raúl no se diera cuenta.

Raúl fingía estar concentrado en la trama de la película. Pero yo, que estaba a su lado, podía sentir su respiración hacerse cada vez más pesada.

Frank comenzó a masturbarme muy lentamente, como para no levantar sospechas. Yo cubrí su mano traviesa con mi chaqueta. Me aferré del brazo de Raúl y lo mordí su hombro para reprimir mis gemidos.

Raúl no aguantó más y se levantó.

Frank me provocó un orgasmo. Tuve que morderme los nudillos para no gritar.

Raúl regresó al cabo de unos 10 minutos. Se sentó y susurró:

—¿De qué me perdí?

—De una buena escena —le respondió en voz baja, Frank.

—¿Dónde te habías metido? —le pregunté.

—Fui al baño... De discapacitados...

No tenía que darme más explicaciones. Acto seguido, se arrellanó en su butaca y volvió a sumergirse en la trama de la película. Más tarde, cuando llevamos a Frank a su casa, sucedió algo inesperado.

Al momento de despedirnos, Raúl tomó la mano con que Frank me había masturbado en el cine y olió y lamió sus dedos. Un relámpago de excitación súbita sacudió todo mi cuerpo. Lo habría hecho allí mismo, con ambos, de no haber sido una calle tan concurrida.

Me sentí la mujer más afortunada del mundo por estar viviendo lo que estaba viviendo con esos dos hermosos ejemplares machos de la especie humana.